

LOS PARTIDOS DEMOCRATAS DE IZQUIERDAS EN IBEROAMERICA

La solución oficial definitivamente preconizada para Hispanoamérica ante la penetración del castrismo y su alianza con el comunismo, es la democracia, y más precisamente, la democracia conformada en sus programas por los movimientos políticos de izquierdas. Con simultaneidad a la expansión marxista se ha producido una excepcionalmente valiosa sincronización de objetivos, tendencias y planeamiento de gobierno entre los estadistas responsables del poder en los países de Iberoamérica y los de los Estados Unidos del Norte. Ha sido posible así formular, implícitamente y aún de modo expreso, un vasto frente de dimensión continental, programado desde los Gobiernos, sustentado por un conjunto de partidos de contenido popular y respaldado por la inmensa proyección del Departamento de Estado norteamericano.

En Sudamérica, la etapa de las dictaduras y regímenes personales de autoridad se ha derrumbado a lo largo del quinquenio 1955-1960—el general Odría, en el Perú; Rojas Pinilla, en Colombia; Marcos Pérez Jiménez, en Venezuela; el general Perón en la Argentina; Batista en Cuba—y ha dado paso, con la excepcional peculiaridad del régimen cubano, a un período de legalidad democrática y libre juego de partidos. Las elecciones subsiguientes a la caída de las denominadas dictaduras han entregado directamente el Gobierno en unos países, y en otros el influjo parlamentario, a los movimientos demócratas, perseguidos en la época anterior. Ha coronado la creciente marea hemisférica de signo democrático, la subida al Poder, en enero de 1961, del partido demócrata norteamericano, con el consiguiente acceso a los puestos clave de la administración y la diplomacia de personalidades estrechamente vinculadas, personal e ideológicamente, con los líderes de la izquierda liberal iberoamericana.

Estos equipos políticos, con todos los resortes del poder oficial de Norte y Sudamérica en sus manos, se han encontrado con el fenómeno castrista

y han establecido una estrategia muy definida, basada en sus propios supuestos ideológicos y condicionada por su situación partidista anterior. Es perfectamente precisable, dentro de la heterogénea baraja de partidos políticos iberoamericanos, aquel núcleo con objetivos definidos, portavoz en cierto modo del anticomunismo oficial y catalizador de las aspiraciones del izquierdismo hemisférico. Con conciencia de las irreductibles diferencias que los personalizan, cabría incluir en este apartado al A. P. R. A. peruano, a la Acción Democrática (A. D.), de Venezuela, al Partido de Liberación Nacional de Costa Rica, al Partido Liberal de Colombia, al Partido Revolucionario Institucional de Méjico (P. R. I.) y al Movimiento Nacional Revolucionario de Bolivia (M. N. R.), por citar sólo los de mayor gravitación. De ellos, el Movimiento venezolano, el colombiano, el mejicano y el boliviano detentan actualmente la responsabilidad del Gobierno en sus países; el A. P. R. A. disfruta una privilegiada situación y se presenta como aliado del pradismo gobernante para las inmediatas elecciones presidenciales.

Los orígenes de estos movimientos son diversos. La mayoría nacieron entre los años 1920 y 1940, bajo un signo extremista y revolucionario, en muchas ocasiones de auténtica filiación marxista. Del comunismo proceden varios de sus más caracterizados dirigentes; tal es el caso del actual Presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, líder del A. D., hoy abiertamente anticomunista, y Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador e ideólogo del A. P. R. A. El Movimiento Nacional Revolucionario boliviano nació ante la necesidad de afirmar la soberanía nacional de la mediatización extranjera y por la aspiración de liberarse del asfixiante poder de «la rosca», oligarquía boliviana del estaño y de la política. El P. R. I. mejicano supuso la consolidación en el Poder, por medio de un ponderado artificio político, de los grupos revolucionarios triunfantes en la sacudida de 1910. El A. P. R. A. peruano, quizá el único movimiento con una firme y propia fundamentación doctrinal, bebió sus aguas en la doble vertiente de la filosofía marxista y de la agobiadora realidad indígena patria; su fundador, intelectual de raíz, promovió una política de radicalismos, vivió largos períodos en el exilio y predicó la oposición sin cuartel contra las oligarquías peruanas y la influencia imperialista de los Estados Unidos. Los líderes tienen, a esta altura, a sus espaldas, un dramático pasado de destierros, de persecuciones y de luchas. Se han hecho a sí mismos y han forjado sus movimientos en tensión constante contra el orden existente y en permanente pugna contra las dictaduras militares y los partidos conservadores. Hasta hace muy poco tiempo, apenas un

año y medio, constituían el extremo más radical y revolucionario del área regional iberoamericana.

La rápida evolución de los acontecimientos políticos, a partir del triunfo de Fidel Castro en Cuba, ha trastocado el anterior esquema. La alineación a la izquierda del fidelismo ha despojado a estos movimientos de su carácter extremista, celosamente mantenido en el pasado, y les ha situado muy a su pesar, por inexorables razones de proporcionalidad aritmética, en el centro del escenario político. Su participación en las tareas de gobierno ha corregido el anterior estilo revolucionario y la línea directa contra normas e instituciones; el triunfo del partido demócrata en los Estados Unidos y la necesidad de contar con la ayuda exterior para resolver los problemas nacionales les ha obligado a abandonar su primitiva acometividad antiyanqui, en beneficio de una actitud de serena colaboración y entendimiento con el poderoso vecino del Norte. Finalmente, el comunismo, de donde muchos de sus militantes procedían, su aliado táctico en las ocasiones de presión por la derecha, se ha constituido hoy en el más peligroso aliado de su radical enemigo, el castrismo.

Aparecieron estos movimientos en países y circunstancias diferentes. sin mutua interrelación, pero el peligro común y la corriente creciente de unidad iberoamericana los ha ido aproximando hasta constituir un bloque ideológico continental de perfiles definidos. El punto de partida de la etapa supranacional lo marca la Conferencia de La Habana, celebrada el año 1950, y la constitución, como consecuencia, en la misma ciudad, de la «Asociación Interamericana Pro Democracia y Libertad». En aquel entonces la mayoría de los partidos concurrentes militaban en la oposición y sufrían una dura persecución política; como reacción a este estado de cosas y por propio convencimiento, proclamaron los derechos del pueblo a la libertad y a la rebeldía contra los poderes oficiales de represión. El siguiente encuentro se celebró en Venezuela, en Maracay, diez años más tarde, en 1960, derribados los regímenes autoritarios, y tuvo la importancia de permitir una toma de contacto, esta vez desde el Gobierno, para planear una acción conjunta a la luz de los gravísimos problemas surgidos en la década. Entre las dos reuniones había irrumpido el castrismo en el Continente; su incidencia fué tan punzante que la propia Conferencia, a pesar de contar con el personal apoyo y patrocinio del Presidente Betancourt, fracasó rotundamente. Los elementos extremistas venezolanos, muchos de ellos miembros de partidos representados en la Conferencia, impidieron el desarrollo normal de las sesiones con actos de violencia y los justificaron alegando los derechos del pueblo a la rebelión

contra los poderes constituídos, proclamados en la anterior reunión de La Habana.

El año 1960 constituyó una encrucijada decisiva e indecisa en su evolución. Cobraron conciencia del peligro marxista y fidelista, pero no se atrevieron a romper directamente con él por temor de perder el respaldo popular y de traicionar su ejecutoria marxista. A toda costa se empeñaron en perpetuar e inmovilizar el anterior esquema, inservible ya, según el cual el máximo peligro y amenaza se localiza para ellos en la derecha. Es representativa de este momento dubitativo la «Primera Conferencia de Partidos Populares de Latinoamérica», celebrada en Lima del 1 al 4 de agosto de 1960, convocada por el A. P. R. A., para examinar la nueva situación creada. «La Declaración de Lima», final de los trabajos, estableció un programa completo de pensamiento y de acción, de validez continental, y se complementó con tres resoluciones, dos de ellas dedicadas a la condena explícita de las dictaduras sobrevivientes, en especial la de Trujillo, y una tercera al caso cubano. Las dos primeras denuncian expresa y nominalmente los excesos y desafueros cometidos por el régimen dominicano contra las libertades individuales y colectivas, y vigorosamente solicitan medidas concretas de toda índole, hasta la asfixia económica, para derribarle.

La declaración sobre Cuba comienza reiterando la solidaridad con «los ideales que animaron la lucha revolucionaria del pueblo cubano contra la dictadura de Batista y con las realizaciones que en el orden económico y social se ha logrado en el país hermano»¹. Después de la proclamación de fe en el programa y en la realidad de la revolución fidelista, «demandan» respetuosamente «que el movimiento revolucionario de Cuba no constituya factor de división de las fuerzas populares del Continente ni sea aprovechado en contra de los propósitos democráticos y americanistas de nuestros países». Con cuidado evitan cualquier clase de condenación del fidelismo o la denuncia expresa, para alerta del Continente, de la infiltración comunista en el régimen cubano, prácticamente consumada. No hay alusiones directas. La redacción delata un trastorno de cautelas y reservas, de falta de seguridad política y de temor de irritar al adversario. La declaración se redacta cuando ninguna duda cabía acerca de la definitiva marxistización de la revolución cubana y en momentos en que Castro y Guevara, después de repudiar violentamente

¹ «Declaración sobre la revolución cubana», Lima, 4 agosto 1960, publicada en *Latinoamérica, más allá de sus fronteras*, San José de Costa Rica, noviembre 1960, página 115.

el democratismo americano, por ineficaz y entreguista, denunciaban a los dirigentes de los partidos reunidos en Lima de traidores al pueblo. Es indudable que tales indecisiones provocaron una disminución en el prestigio de los partidos demócratas.

La fuerza de las circunstancias ha ido clarificando en el presente año sus actitudes. Es apreciable, sin embargo, que la iniciativa ha correspondido a los sectores filomarxistas, y sus oponentes han actuado condicionados por los hechos por aquellos provocados. La conjunción liberal izquierdista ha tomado recientemente la denominación de «Movimiento Social Democrático Hemisférico» en la Declaración de San José de Costa Rica, formulada en mayo de 1961 por José Figueres y Víctor Raúl Haya de la Torre, en correspondencia al llamamiento del Presidente Kennedy a las fuerzas demócratas iberoamericanas. Tal movimiento, pese a múltiples deserciones, no concluidas, y a íntimos desgarramientos, ha superado el período de indecisión y se ha alineado claramente frente al castrismo. Su máximo órgano de expresión y pensamiento es la revista *Combate*, de verdadera calidad, editada en San José de Costa Rica bajo la dirección de Luis Alberto Monje, y el asesoramiento de un alto consejo integrado por personalidades tan destacadas en la vida política e intelectual como el Presidente Betancourt, de Venezuela, Haya de la Torre, del Perú, el ex Presidente Figueres, de Costa Rica, Eduardo Santos, de Colombia, y Norman Thomas, de Norteamérica. Cuenta para la formación de los equipos dirigentes demócratas con un centro, el Instituto de Educación Política, fundado y radicado en San José de Costa Rica desde 1960, que ha lanzado ya dos promociones de líderes, la última en mayo de 1961, al campo de la lucha política.

La actual toma de posición de los movimientos democráticos ha supuesto un indudable freno al avance fidelista y su programa ofrece a la larga la solución de muchas acuciantes cuestiones. Hoy es, sin duda, la fuerza política organizada más poderosa del Continente. Apera combinadamente desde los Gobiernos con los recursos de los poderes públicos y los instrumentos de las principales instituciones políticas, entidades culturales y órganos de difusión en su mayor parte controladas por ellos, y al propio tiempo integra amplios núcleos encuadrados en sus organizaciones políticas y sindicales. Su pasado extremista les proporciona un cabal conocimiento de las maniobras revolucionarias. En la dura escuela de la oposición y el destierro han cuajado un peculiar modo de expresión bifronte, intelectual o demagógica, según la naturaleza del auditorio, que a pesar del paso del tiempo continúa siendo válida y produce impacto en los niveles profesionales y en el pueblo llano

de América. Conocen la realidad de sus países y los problemas reales y han sido capaces de señalar un camino en la oscuridad de la crisis presente.

¿Cuál es su proyecto? Con nitidez y sintéticamente, está expuesto en la «Declaración de Lima» de 2 de agosto de 1960² Parten del supuesto de que el sistema político ideal es el democrático; más aún, en Iberoamérica la democracia constituye la única forma adecuada y legítima, sin excepciones posibles de lugares, ambientes o circunstancias. Los partidos demócratas de izquierdas, según su propia terminología, «están constituidos por las clases explotadas» y son «los instrumentos más eficaces para consumir la independencia económica y establecer la justicia social». Existe un problema integral del Continente, del que las peculiaridades nacionales son partes, y su solución requiere la coordinación en los planos económico, político y cultural con miras a una federación de países. El atraso y la pobreza son el resultado de la presión de los intereses económicos foráneos y de los sistemas tiránicos u oligárquicos apoyados por una equivocada política y la explotación económica de los Estados Unidos.

Repudian cualquier forma de colonialismo en el Continente, entre ellas la re aplicación de la doctrina de Monroe, y «expresan su total rechazo a la agresión económica como método de solucionar los problemas» en el Hemisferio. Rechazan la penetración comunista por razones de filosofía sociopolítica, y por su acción desviacionista antidemocrática y de «complicidad del comunismo con las dictaduras y fuerzas reaccionarias».

Para sentar un nuevo «interamericanismo democrático» sobre las anteriores premisas, proponen las siguientes medidas concretas: a) movilización general de los pueblos y de los Gobiernos contra las tiranías; b) repudio por parte de los Estados Unidos y bloqueo de esas mismas tiranías; c) integración económica planificada de Iberoamérica; d) aceleración del desarrollo económico mediante la financiación a base de fondos públicos administrados por los Gobiernos y la creación de mecanismos internacionales, para estable-

² La suscriben representantes del M. N. R. de Bolivia, del Partido de Liberación Nacional de Costa Rica, del Partido Revolucionario Febrerista del Paraguay, del Partido Aprista peruano y del Partido de Acción Democrática de Venezuela (*Latinoamérica más allá de sus fronteras*, pág. 110). Se han integrado, además, en este movimiento, el Partido Revolucionario Auténtico Cubano, Partido Revolucionario de Guatemala, Partido Liberal de Honduras, Movimiento Revolucionario Nicaragüense, Partido Popular de Puerto Rico, Partido Liberal del Paraguay, Grupos Democráticos Panameños, Partido Revolucionario Dominicano, Vanguardia Revolucionaria Dominicana, Partido Liberal de Colombia.

cer una justa relación entre los precios de los artículos básicos que exportan y los precios de los bienes de capital que compran; e) estímulo a la progresiva nacionalización de las fuentes de producción y de los servicios esenciales; f) elevación del nivel cultural por medio de la alfabetización a escala continental; g) eliminación del régimen feudal en el campo mediante una estudiada reforma agraria.

Es un programa socialista, dentro del margen de la legalidad del sistema democrático. La radicalidad de sus objetivos ofrece en la actualidad un efectivo contrapeso a las ideologías subversivas. Es imprevisible conocer hasta qué punto conseguirán la adhesión necesaria de las masas, para enfrentarse eficazmente con el castrismo y si dispondrán del tiempo indispensable para llevar a cabo la transformación de las condiciones de vida diseñadas en sus programas. Con subrayado énfasis se afirman y proclaman a sí mismos como la única solución viable para Iberoamérica; postura que encierra una gravísima responsabilidad, pues si fracasa su proyecto habrán dejado inerte al Continente, al haberle cerrado las demás posibles salidas no comunistas.

Desde una desapasionada perspectiva, tales movimientos presentan, junto a sus positivas contribuciones, internas debilidades y alarmantes contradicciones que pueden incluso generar su propia destrucción. Adolecen de un excesivo y apriorístico dogmatismo que les impide la visión exacta de la realidad compleja de sus países, y por otra parte, su historial político les resta libertad de movimientos en circunstancias que exigen una agilísima dinámica. Son en alguna medida prisioneros de su pasado y de su teórica rigidez doctrinal. La democracia, piedra angular de su edificio, no ofrece garantías suficientes a vastos sectores de Hispanoamérica, con los que es indispensable contar, y, desde luego, carece de virtualidad ante la juventud para oponerse como bandera al nuevo ideal de Estado socialista propugnado por Castro. Equivale, para muchos, a ofrecer como remedio una de las causas generadoras de la enfermedad. La realidad continental, sobre todo contemporánea, muestra y demuestra que la democracia, ideal deseable y alcanzable en abstracto—logrado en determinadas regiones muy limitadas de Iberoamérica después de un largo y cruento proceso de adaptación—es incapaz, en las demás, de garantizar el mínimo normal desenvolvimiento ciudadano, y mucho menos de proporcionar los supuestos requeridos para llevar adelante con el pulso y ritmo precisos las modificaciones estructurales del área.

El izquierdismo demócrata viene sufriendo un error de interpretación histórico y psicológico, y todavía está pagando sus consecuencias. Confunde el radical sentimiento de libertad individual y de dignidad humana heredado por

el americano de España, con los derechos y libertades de orden político y ciudadano consagrados por la revolución norteamericana y francesa. Ambos pertenecen a planos diversos. Los primeros son íntimos. se asientan en las zonas más hondas del ser humano y pueden expresarse con libertad de movimientos, sin contradicción interior, en diversos sistemas o formas de gobierno, autoritarios o liberales, de predominante acento personal o de base partidista, de acuerdo con la particular coyuntura y medio ambiente. Los segundos afectan a un aspecto concreto y exterior de su vivir y le ligan fuertemente a unas determinadas formulaciones concretas. Cecil Jane, uno de los exploradores sajones más fecundos del alma hispánica, en su peregrinar por la vida política contemporánea, ha señalado sus dos centros vitales de atracción: «el amor a la libertad», sobre todo individual, que frecuentemente ha desembocado políticamente en situaciones anárquicas, y «el deseo de eficacia», prolongado hasta la tiranía. «La raza española, sin embargo, no ha sido nunca democrática en el sentido en que se entiende la democracia en Inglaterra... El español ha creído siempre en la igualdad de los hombres, pero no en la de los ciudadanos»³.

No sólo el planteamiento universal y abstracto de la democracia aplicada a Hispanoamérica se resiente de utopía, sino sufre también contradicción el personal comportamiento político de sus partidarios. Los demócratas iberoamericanos carecen de fe profunda en su democracia de elecciones libres, libertad de partidos, independencia del poder legislativo, etc., y contrariando sus principios pactan, aceptan y proclaman demócratas a regímenes que no lo son, con tal de que profesen una ideología izquierdista, similar a la suya. Puede llegarse a la conclusión de que a pesar de sus declaraciones programáticas no conceden, de hecho, importancia a la democracia y a su forma de libertad, sino a sus propias creencias; lo cual, en definitiva, sería una prueba más del absolutismo trascendente del iberoamericano, cualquiera que sea su filiación. Los acontecimientos recientes conducen a la conclusión válida de que si el fidelismo, manteniendo su sistema de negación de las libertades y derechos ciudadanos, hubiera pactado con los Estados Unidos y con los movimientos continentales de izquierdas, éstos le habrían concedido con la más plena satisfacción el título de régimen democrático. Por el contrario, si el mismo régimen hubiera adoptado una política análogamente revolucionaria, pero de signo nacionalista hispánico y cristiano, inme-

³ Jane Cecil, *Libertad y despotismo en América hispana*, prólogo de Salvador de Madariaga (Oxford University Press), traduc. Buenos Aires, 1952, págs. 168-169.

diatamente hubiera sido denunciado, sin posible apelación, como dictadura.

Méjico es el caso más clarificador de esta doble actitud. El régimen disfruta hasta ahora de una estabilidad desconocida en el resto de los países de habla española, lo cual ha facilitado al país un extraordinario crecimiento en todos los órdenes. Con verdadero instinto político sus dirigentes han alejado de Méjico las luchas estériles y peligrosas que en un medio de pasiones y violencias habría provocado como inevitable secuela el sistema de partidos políticos y el libre juego electoral. El Partido Revolucionario Institucional usufructúa en forma permanente el Poder, sin compartirlo con nadie, y disfruta del pleno monopolio de la administración pública, las finanzas, los sindicatos, la universidad; en una palabra, de todos los resortes de la vida pública y oficial. Desde arriba, sus máximos dirigentes designan el candidato presidencial y el pueblo se limita a refrendar en las elecciones el nombre propuesto. Ninguno de los requisitos típicos del sistema demoliberal se dan en el régimen mejicano. Prevalece un sistema efectivo de partido único, que ha proporcionado al país un grado notable de madurez. Méjico es la clara demostración de la invalidez de la formulación absoluta de la democracia, como única solución viable y legítima en Hispanoamérica. El bloque de partidos democráticos, ante la fuerza de esta realidad, ha optado por conceder al régimen mejicano el título de democrático con todas las prerrogativas, no en virtud de su democracia, sino en función de su izquierdismo. De ese modo creyeron superar la contradicción, sin pensar en las consecuencias que tal modo de proceder les iba a acarrear al radicalizarse el antagonismo de sistemas.

En los países en que el sistema democrático se despliega con pureza formal y comparten las tareas de gobierno los partidos izquierdistas, se está produciendo una situación de empantanamiento político y de ineficacia en la acción, sin previsible salida legal. Los obstáculos se originan en la propia mecánica del sistema y el amplio calor popular con que fueron recibidos a la caída de las dictaduras se están transformando en un clima de excepticismo y desconfianza, cuando no de manifiesta rebeldía. Ganan terreno las soluciones extremas, sobre todo marxistas, pero también las de signo contrario. Una muestra al azar es el clamoroso recibimiento popular del general Odría a su regreso de Lima, después de seis años de apartamiento de la vida política. Las manifestaciones de adhesión—con independencia del juicio que merezca su gestión presidencial—han sido comparables a las demostraciones.

populares organizadas por el A. P. R. A. No a juicio de las minorías militares o financieras, sino en el sentir de muchos sectores populares, el balance entre las antiguas y actuales condiciones de vida del país no arroja un saldo desfavorable a la etapa dictatorial.

El *Boletín Hispanoamericano* de la Universidad de Stanford, dirigido por Ronald Hilton, campeón del izquierdismo americano, describe así el funcionamiento del régimen democrático colombiano: «Los dos partidos del pacto original se han disuelto en cinco facciones encontradas, haciendo el trabajo legislativo del Congreso totalmente imposible; en los dos meses de sesiones del Congreso, desde las elecciones de marzo, ni una sola ley importante ha llegado a aprobarse a través de la verborrea política, a pesar de que las reformas fiscales, judiciales y agrarias son cada día más apremiantes; el descontento popular crece con la empantanada máquina gubernamental»⁴; y la revista *Times*, partidaria entusiasta del Gobierno de Betancourt, enjuicia la política venezolana: «Profundas debilidades político-económicas minan el Gobierno del Presidente Rómulo Betancourt. Aunque el oro negro bendice Venezuela, la mitad de los venezolanos viven y pasan hambre en chozas. Muchos consideran a Betancourt ineficaz comparado con el ideal ejemplo de la decisión cubana. Los negocios disminuyen, el paro aumenta. El dilema de Betancourt, según el presidente del Partido Gubernamental Acción Democrática, Raúl Leoni, es o un Gobierno de autoridad o una coalición minada por la debilidad»⁵.

La pretensión de validez universal de la democracia lleva como reverso de la medalla la tajante condenación de los regímenes personales autoritarios, igualmente sin discriminación. Condiciona y explica esta actitud no sólo una creencia ideológica, sino la huella de la etapa anterior de persecución y el temor a un regreso posible de las formas dictatoriales. Tales ingredientes han precipitado una interpretación oficial del fenómeno de las dictaduras, elaborada sobre un artificial esquema de violentos contrastes sin matizar, difundida insistentemente por un poderoso aparato publicitario. Las dictaduras son en el plano político esencialmente ilegítimas, y en la realidad cotidiana, opresoras del pueblo; están al servicio de las oligarquías; su origen y mantenimiento se expresa sobre todo por la fuerza de los aparatos represivos. La democracia, por el contrario, significa la legalidad, la justicia social, la

⁴ *Hispanic American Report*, Stanford University, noviembre 1960, vol. XIII, número 9, pág. 625.

⁵ *Rev. Times*, 19 september 1960.

independencia nacional, y sus programas cuentan con el respaldo del pueblo.

Para fundamentar históricamente esta tesis los autores democráticos repiten e inmovilizan los juicios acuñados en la pasada centuria por la historiografía liberal, en gran parte superados. Silencian que Bolívar «se propuso realizar el ideal de una vasta dictadura... Belgrano soñó con un vasto imperio... San Martín deseaba algo que hubiese sido análogo al sistema que llegó a establecerse en el Brasil». Olvidan también que «establecer tal dictadura fué el ideal de Bolívar y los argumentos en que se basaba su aserto de que sólo con ese sistema se conseguiría un Gobierno estable y eficaz han sido ratificados por la subsiguiente historia de aquellas Repúblicas»⁶. En la historia americana contemporánea no puede sostenerse, sin más, el negativismo a ultranza de las dictaduras, hijas generalmente de sus circunstancias. Ofrecen claros y oscuros, a veces están teñidas de crueldad y en ocasiones han resultado beneficiosas, pero ofrecen la invencible resistencia de todo lo espontáneo a dejarse encajar en una abstracta esquematización. En buena medida han sido resultado, consecuencia y natural reacción pendular del fracaso y la inercia de los Gobiernos democráticos anteriores. Algunas han escalado el Poder con irreprochables mayorías electorales, y otras han desplegado un sólo contenido social. No debe olvidarse que los tres intentos más radicales de modificación de las estructuras socio-económicas en Iberoamérica: la revolución mejicana de 1910, la revolución boliviana de 1952 y la cubana de 1950, han cristalizado en formas de fuerte concentración de poder personal y han abandonado, de hecho, para consolidar sus conquistas, las exigencias del sistema democrático. La revolución boliviana, más indecisa en este aspecto, es también la menos firme y más expuesta al colapso. «Es una idea engañosa la de suponer que la mayoría de las dictaduras que han surgido en la América española y la mayoría de sus partidarios no han sido tan sinceramente idealistas como cualquiera de sus adversarios. El ideal opuesto que ellos han defendido ha sido, bajo todos los aspectos, tan verdadero como el de los liberales... En esa contienda, los dictadores han estado en más completo acuerdo que sus contrarios con la mayoría de la población»⁷.

La parcialidad y falta de hondura en el enjuiciamiento de este fenómeno está acarreando equívocas conclusiones, calurosamente compartidas por los dirigentes demócratas norteamericanos. Los intelectuales de izquierda del país del Norte han encontrado una explicación satisfactoria al sentimiento

⁶ Jane Cecil, *op. cit.*, pág. 114.

⁷ Jane Cecil, *op. cit.*, págs. 195-196.

antiyanqui de sus vecinos del Sur compatible con su orgullo nacional. Reveladoras de esta mentalidad son las impresiones transmitidas por Stevenson a sus compatriotas de vuelta de su viaje a Hispanoamérica en noviembre de 1960, triunfante ya el partido demócrata. A su juicio, uno de los factores determinantes de la rebeldía iberoamericana lo constituyen los errores de la Administración Eisenhower, despreocupada por la suerte de las democracias y pródiga en otorgar distinciones y ayudas a los dictadores del Sur. En apoyo de su tesis aduce precisamente el caso de la inconformidad argentina con los Estados Unidos, «donde todavía se recuerda la visita de un alto funcionario norteamericano a Juan Perón, en la que le comparó con Abraham Lincoln»⁸. Resulta ininteligible que Adlay Stevenson, espigador de esta anécdota, experto máximo en cuestiones latinoamericanas, no recuerde ni explique a sus conciudadanos el fenómeno mucho más significativo del triunfo electoral de Juan Perón a la Presidencia de la República, en elecciones libres, y sobre todo las razones de su abrumadora victoria, lograda en buena medida por la reacción del pueblo argentino frente a la postura del embajador norteamericano Braden a favor del candidato liberal. ¿Cabe válidamente sostener la explicación de que la ola antiyanqui es consecuencia de las concomitancias de este país con las dictaduras? ¿No será ese sentimiento —ingrediente de mayor calado y hondura— causa además de efecto de numerosos fenómenos? Algo así como piedra de toque en la que por reacción se contrastan los avatares políticos, demócratas o autoritarios de Iberoamérica.

Una falta de seguridad en sus propios recursos políticos y el temor del retorno de las antiguas dictaduras conduce a los partidos demócratas a propugnar acciones diplomáticas que contrarían sus más arraigados principios, con el consiguiente quebrantamiento de normas de validez continental unánimemente aceptadas, como la de no intervención en los asuntos internos. Están abriendo así sin querer peligrosos precedentes para ulteriores intervenciones extranjeras. En la declaración de principios de Lima proclamaron «su total rechazo a la agresión económica como método de solucionar los problemas que pudieran surgir entre países del Hemisferio americano» y en la declaración firmada al día siguiente sobre las tiranías exhortan a la Conferencia de cancilleres de San José de Costa Rica a «adoptar contra el régimen de la República Dominicana, sanciones económicas y de aislamien-

⁸ Stevenson Adlay, «Our plight in Latin America», rev. *Look*, 11, 1960, pág. 111, citado en rev. *Cuadernos del Congreso por la libertad de la cultura*, París, marzo 1961, núm. 47, pág. 5.

to de comunicaciones aéreas, marítimas, postales, telegráficas, telefónicas y radiotelegráficas». Idéntico sentimiento de debilidad ante sus adversarios políticos internos les induce a solicitar la abierta intervención de los Estados Unidos en los asuntos públicos de otros países y el «repudio por parte de los Estados Unidos, de manera expresiva y efectiva, sin tibiezas ni contemplaciones, de las tiranías, negándoles toda forma de ayuda y cooperando con los pueblos de nuestra América en el bloqueo continental, contra esos vergonzosos regímenes». Mezclan así al poderoso vecino del Norte en sus querellas nacionales, dando lugar a fuertes críticas populares y al crecimiento del sentimiento antiyanqui.

La falta de ajuste del movimiento democrático al ciclo histórico nuevo, abierto por el castrismo, le induce también a fosilizar tesis que en la presente coyuntura adquieren contrapuestas implicaciones y en definitiva se vuelven contra sus mismos formuladores. Sólo el deseo de estabilizar el concluso cuadro político anterior puede explicar la afirmación suscrita recientemente de que «si las fuerzas militares de Latinoamérica fueran dadas de baja el efecto inmediato sería estimular a los Gobiernos civiles y al pueblo para seguir adelante en sus tareas de la reforma social»¹⁰. La afirmación, válida hace cinco años, para el democratismo americano, es hoy absolutamente inservible y sólo podría suscribirla honestamente en su beneficio, el castrismo. ¿Qué suerte hubiera corrido el Gobierno izquierdista de Betancourt si el ejército no hubiera reprimido la sangrienta rebelión castrista en las calles de Caracas en octubre pasado? ¿Es concebible su actual forma de gobierno, con las garantías constitucionales suspendidas, sin su apoyo? ¿Sería posible el funcionamiento de la actual democracia argentina, con el partido peronista, el más numeroso del país, fuera de la ley, sin el respaldo directo de las fuerzas armadas? ¿Podría desenvolverse normalmente el sistema parlamentario en la República liberal colombiana, desarmado su ejército, con un estado de latente violencia que lleva costados al país, desde 1948, 300.000 colombianos muertos? Las anteriores interrogantes sugieren la conveniencia de efectuar una sincera revisión de conceptos, actitudes y posiciones, a la luz de la realidad presente, para no seguir actuando sobre proposiciones envejecidas y desbordadas.

⁹ Punto séptimo de la Declaración de Lima, 4 agosto 1960, en *Latinoamérica, más allá de sus fronteras*, pág. 111.

¹⁰ Nehemkis Peter, «Latinoamérica, claro peligro actual», rev. *Combate*, San José de Costa Rica, marzo y abril 1961, núm. 15, pág. 61.

Los mismos factores están operando el repliegue de los equipos liberales de izquierda hacia un tecnicismo en la expresión política, poco apto para impresionar el temperamento hispánico e inadecuado en un momento de inequívocos perfiles revolucionarios. Los discursos, proclamas y manifestaciones son auténticas explicaciones de cátedra o informes sobre los problemas planteados. Muy útiles para enjuiciar, con abundancia de datos y material, la labor de gobierno, pero desprovistos de garra política para movilizar la necesaria adhesión popular. Y en Hispanoamérica, hoy, hay que conquistar antes que nada, antes que las mismas reformas o simultáneamente con ellas, el tiempo y las adhesiones indispensables para poderlas llevar a efecto. La argumentación política, hasta hace pocos años penetrante y suavisadora, se resiente de convencionalismos y desorientación. Un ejemplo al azar es el editorial de la revista *Combate*, donde se justifica el ideal democrático en Iberoamérica con el ejemplo «de los pequeños países más cultos del orbe cuya filosofía gira en la misma órbita. Escandinavia, Holanda, Bélgica, Nueva Zelanda, son vastas y sólidas experiencias de adelanto social producto del socialismo democrático»¹¹. ¿Cabe suponer—aun aceptando la tesis con relación a dichos países—que sus supuestos son aplicables al área que nos ocupa? Y sobre todo, ¿puede una llamada de tan lejanos metales despertar resonancias válidas en Hispanoamérica? El tipo de convencional y abstracta argumentación, desconectada de motivaciones operantes, se viene repitiendo últimamente con demasiada frecuencia.

Desde plano distinto, el castrismo filomarxista está empleando una terminología inteligible y convincente, y se mueve con precisión y agilidad, acoplándose y aprovechando las varias situaciones de coyuntura y ambiente. Emplea métodos expeditivos y propone ejemplos que impresionan. Gran parte de la juventud de Hispanoamérica, hastiada del convencionalismo democrático, de la lentitud de sus procedimientos y de la artificialidad de algunos de sus planteamientos básicos, se mueve cada vez con mayor atención a la experiencia china, y sobre todo a la muy próxima revolución cubana. Las corrientes castristas están minando las bases de los partidos demoizquierdistas hasta hacer tambalear sus más sólidas posiciones exteriores. En Venezuela ha roto la coalición nacional de los tres grandes partidos—Acción Democrática de Betancourt, Copei Democristiano y Unión Democrática Revolucionaria, extremista—, surgida a la caída de la dictadura de Pérez Jiménez, por

¹¹ «¿Democracia para qué? ¿Revolución social para qué?», *Combate*, San José de Costa Rica, julio-agosto 1960, núm. 11, pág. 7.

imperativo de supervivencia del sistema democrático; no sólo el U. D. R., ha pasado a la oposición en protesta contra la política anticastrista del Gobierno, sino el propio partido gobernante, A. D., se ha escindido, ha perdido la mayoría parlamentaria y ha dado paso a un nuevo grupo, con la mayor parte de la juventud, de carácter abiertamente revolucionario, pro fidelista y antidemócrata. En Colombia, el histórico partido liberal, actualmente gobernante con el Presidente Lleras Camargo, ha dado origen a un ala extremista de análogas características, encabezado por López Michelsen. El viejo A. P. R. A. peruano, un A. P. R. A. desconocido hoy, favorito oficial para las próximas elecciones presidenciales, integrado según el banquero Beltrán «por ciudadanos respetuosos de la ley», dispuesto—en declaraciones de Haya de la Torre—a proporcionar al país «una plataforma anticomunista combinando las inversiones extranjeras con una reforma constructiva», ha sufrido un grave quebranto con la desertión de un núcleo extremista, heredero de su antiguo radicalismo, aliado del marxismo. En Méjico está en proceso creciente de generación un movimiento revolucionario pro castrista, dirigido por Cárdenas y reivindicador, según el ejemplo de Cuba, de las metas frustradas de la revolución mejicana. El Frente Costarricense de Liberación Nacional, conducido hasta aquí por el magisterio indiscutido de José Figueres, personalidad de relieve continental, ha perdido un valioso sector juvenil con líderes de la categoría del diputado Ernesto Obregón, declaradamente fidelista. El mismo velasquismo ecuatoriano, realidad viva del viejo tronco caudillista democrático, aglutinado en torno a una persona más que sobre un ideario, está segregando una virulenta corriente de extremismo revolucionario, encabezada por Araújo, de tendencias filomarxistas, personalmente comprometido con Fidel Castro.

Junto a la disgregación política se está produciendo un rápido proceso de debilitamiento económico. Los partidos demócratas gobernantes necesitan una amplia disponibilidad de capitales, en inversiones productivas, para acometer con urgencia las modificaciones estructurales ofrecidas en sus programas. La realidad camina en sentido contrario a sus deseos. La amenaza del castrismo y la falta de confianza en su actual política ha iniciado un éxodo dramático de capitales al exterior, con lo que la perspectiva de una solución ordenada de los problemas se aleja. En Venezuela, por ejemplo, modelo hasta hace poco de riqueza y dinámica económica, el éxodo de divisas provocó la inestauración del control de cambios, y en un solo mes salieron del país ca-

pitales por valor de 100 millones de dólares¹². En Méjico se expatriaron en 1960 400 millonés de pesos, y análoga salida se repite en los demás países, con carácter de acelerada fuga. A la huída de los capitales propios se añade el retraimiento de las inversiones extranjeras. Mientras el índice de inversiones privadas directas norteamericanas en Europa occidental se elevó en un 36 por 100 durante los nueve primeros meses de 1960, las nuevas inversiones en Iberoamérica disminuyeron en un 50 por 100 en relación con el año anterior y totalizan sólo un sexto de lo que correspondió a 1957¹³.

Volviendo al tema directamente político, existe fuera del campo del izquierdismo demoliberal una gran reserva de valor decisivo, no tanto por lo que supone de anticomunismo militante, sino por lo que representa de positivos valores para la construcción de un nuevo orden. Su consciente o irreflexivo desconocimiento es una de las básicas limitaciones de los movimientos democráticos hemisféricos. Arbitrariamente ha sido catalogada en la derecha, aunque se mueve no en la superficie política, sino en las capas profundas de Iberoamérica. En parte por este motivo y también por razones de carácter e ideología, las fuerzas hispánicas a que nos referimos han sido sistemáticamente desconocidas, silenciadas y marginadas de la vida pública, por los grupos detentadores del Poder. «En la América hispana hay fuerzas que no asoman al exterior a través de la publicidad, que todo lo ahoga y confunde. En la entraña de América están la familia, la religión, el sentido de libertad, el concepto del honor, la idea de la patria, la conciencia de nuestra comunidad de historia y de destino»¹⁴. Son fuerzas populares que cubren anchas zonas del Continente, seguramente católicas, conformadas por una tradición creadora, con un agudo sentido de justicia y dignidad, sin concomitancia con las oligarquías económicas o partidistas. Durante más de cien años han estado sometidas a una implacable acción destructora por parte del liberalismo doctrinario de dentro y de fuera, aliado en ocasiones durante las últimas décadas, por razones tácticas, con el marxismo. Sus organizaciones externas

¹² Rev. *Visión*, Bogotá, 16 diciembre 1960.

¹³ Las inversiones privadas de los Estados Unidos en Hispanoamérica, según datos rev. *Times*, 17 marzo 1961, fueron los siguientes:

1957 = \$ 1.402 millones.

1958 = \$ 442 millones.

1959 = \$ 540 millones.

1960 = \$ 260 millones.

¹⁴ Piñar, Blas, «Las banderas del 12 de octubre», rev. *Mundo Hispánico*, octubre 1960, Madrid.

están quebrantadas, y en varios países desarticuladas y reducidas a la impotencia. La realidad, sin embargo, es tan poderosa que ante la amenaza de muerte de la irrupción marxista han hecho acto insospechado de presencia en el escenario político con creciente pujanza. Carentes de todo soporte oficial o institucional, en Méjico, por ejemplo, el país donde más duramente han sido castigadas, han presentado la batalla al comunismo en su mismo terreno. En Pueb'a de los Angeles han respondido a las provocaciones con una concentración de más de 100.000 personas, en afirmación de fe católica y mejicana. En San Luis de Potosí, la ciudad entera se desbordó al día siguiente de varios incidentes, en manifestación contra el comunismo. Concentraciones espontáneas del mismo signo han brotado en León, Guadalajara, Monterrey, Torreón, etc., con el asombro de las autoridades. «No esperábamos nosotros mismos—escribe uno de sus líderes—que el pueblo hubiese conservado su unidad y su apego a nuestras tradiciones y a la fe católica, sin que por ello dejemos de reconocer que la revolución de izquierdas ha logrado grandes progresos y que cuenta, indudablemente, con mucha más gente que hace diez o quince años.»

Los movimientos hispánicos populares, soterrados durante décadas por la presión exterior y deformados por una propaganda adversa, son todavía el bastión último contra la amenaza comunista. Le disputan el terreno en la calle, en la sociedad, en la familia y en la radical intimidación del hombre hispánico, llenándole su inmensa aspiración de absoluto, incomprensible y cegadora de la pretendida objetiva visión de los observadores extraños. Disponen de masas y tienen cabal noción del momento histórico que viven, pero les falta voz y están a la espera de una ajustada formulación política. Custodian los valores más originales e íntimos de Iberoamérica, algo así como el alma diferenciadora de la estirpe. Por eso han sido sistemáticamente quebrantados por los poderes extranjeros, que han pretendido asegurar su influjo en Hispanoamérica, los cuales han contado siempre en su empeño con seguros aliados interiores. El liberalismo laicista, antes y ahora, ha dispuesto en sus luchas políticas con el incondicional respaldo norteamericano, en análogo modo a como el castrismo en la actualidad sirve de puente a la penetración chino-soviética en el Continente.

Es perfectamente coherente que los Estados Unidos de Norteamérica, para asegurar su predominio al sur de sus fronteras hayan desarrollado, desde los albores de la independencia, una continuada y perseverante acción de descastamiento, de deshispanización y de descatolización en Iberoamérica. No han reparado en medios para desprestigiar el legado español, y para

destensar los nervios vivos de la Iglesia, no por oligárquica, sino por distinta; han minado las instituciones, tradiciones y las creencias básicas del pueblo. En los últimos veinte años, especialmente con motivo de la segunda guerra mundial, para acelerar el proceso desintegrador, los Estados Unidos no dudaron en facilitar la expansión del comunismo, y bajo el pretexto de la defensa de la democracia hemisférica, aliados de la Unión Soviética, trituraron los movimientos sociales y nacionales de signo hispánico, que buscaban nuevos cauces políticos. Esta política, considerada desde su cara negativa, ha producido resultados apreciables y ha creado grandes zonas de vacío espiritual antes llenas por los apretados esquemas tradicionales. Desde el punto de vista positivo, el balance no es tan alentador. Excepción hecha de los beneficios obtenidos en las inversiones económicas, el esfuerzo norteamericano de penetración socio-política en Iberoamérica ha adquirido una insospechada derivación contraria a la pretendida. La agudización de la curva de deshispanización fomentada desde el Norte ha marchado rigurosamente sincronizada con el auge del sentimiento antiyanqui en Iberoamérica. Quienes, en definitiva, han capitalizado el esfuerzo y llenado el vacío de creencias, han sido los movimientos extremistas y castristas de carácter más o menos marxista.

Los representantes y responsables norteamericanos han sufrido un error de perspectiva al enjuiciar su política con los vecinos del Sur. Satisfechos en su confortable instalación constitucional, no han llegado a abarcar los profundos abismos y las cotas cimeras del espíritu iberoamericano. Han considerado que, como en las superficies niveladas de su país, el equilibrio podía lograrse en una línea media equidistante de los dos extremos. A la luz de ese equivocado planteamiento se dedicaron a la tarea de destruir las últimas barreras espirituales de contención y lanzaron a rodar por la pendiente piedras sillares asentadas fuertemente en las cimas desde siglos por los españoles. Después quedaron perplejos al comprobar su vertiginosa carrera hacia el abismo, con propio y no prestado impulso, sin detenerse en la línea democrática idealmente trazada. La desorientación que el norteamericano siente al comprobar la dinámica de fuerzas desatadas al Sur, alimentadas por leyes casi físicas, ante las cuales resultan impotentes y artificiales sus planteamientos, sólo tiene paralelo con el desasosiego y malestar del iberoamericano por la incomprensión de sus vecinos septentrionales. «Por más *Goodwill* que pongan los norteamericanos, no entienden nada de Hispanoamérica ni de lo hispánico—afirma un agudo escritor centroamericano—. No ven en ella otra cosa que un caos habitado por hombres incomprensibles que no lo

gran constituir un país como los Estados Unidos con los medios empleados en los Estados Unidos, la libertad, la democracia y el progreso material. Les pasa a los norteamericanos con Hispanoamérica lo que a muchos europeos con España, que no la entienden»¹⁵. El liberalismo laico y el democratismo izquierdista no son en América para las masas situaciones permanentes, sino estaciones de tránsito y de transbordo hacia metas muy lejanas.

No conviene engañarse. El problema de Hispanoamérica, aunque condicionado por la gravedad de su realidad económica, es fundamentalmente una crisis política y una crisis de incalculable calado, en la que están en quiebra las instituciones vigentes y las últimas y definitivas creencias del hombre. El cimiento y trasfondo de las estructuras sociales e institucionales, sobre las que normalmente se afirma seguro el azaroso vivir cotidiano de los pueblos, es en Iberoamérica terreno movedizo, sometido a crítica implacable, cuando no campo de batalla u objetivo de destrucción. El simple reajuste de los mecanismos económicos, las inyecciones de capital o la justa estabilización de los precios de sus materias primas, la sana administración financiera y la elevación de los niveles de vida, por sí solos, no resolverán la situación, en contra de lo que repetidamente afirman los diagnósticos al uso. Hace falta, por encima de todo, restaurar la validez de unos cuantos principios esenciales, y sobre ellos, con libertad de espíritu, capacidad de invención y audacia, levantar nuevas fórmulas políticas ajustadas a las necesidades de cada país y a la gravedad de la hora.

Los grupos demócratas gobernantes están sufriendo un desbordamiento por la izquierda en el programa de sus reivindicaciones sociales, carecen por la derecha del indispensable contenido trascendente para llenar la espiritualidad de sus pueblos y se debaten presos, al gobernar, en las redes de su propia maquinaria institucional. Es de esperar que lleguen a superar su parcialismo partidista y a adoptar la necesaria libertad de pensamiento y de movimiento. Durante veinticinco años han luchado por la libertad, la elevación y la integración en la política activa de las masas, las mismas que hoy se desbandan hacia el castrismo. Han escrito un capítulo clave de la historia contemporánea, pero es prematuro establecer el balance, pues todavía está sin concluir, y el definitivo resultado es incierto. Están en posición de primeros protagonistas ante la prueba a vida o muerte del asalto de un tipo de marxismo iberoamericano, popular, vindicatorio y autóctono, que irrumpe

¹⁵ Coronel Urtecho, José, «El hombre americano y sus problemas», rev. *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, marzo de 1959, pág. 226.

con arrolladora fuerza y violencia y cuyo éxito o fracaso se decide en los próximos inmediatos años. Ojalá que el dilatado empeño de los movimientos democráticos consiga superar la crisis que sufre el Continente y alcancen la necesaria madurez sin haber perdido en el camino a la juventud. Porque sólo la juventud de América posee la última palabra, y ella sola esconde el secreto del desenlace del duelo. Juventudes rebeldes, insatisfechas, con muchos de sus resortes morales gastados en Universidades y ambientes minados por la indisciplina y el marxismo, agitadas por todos los vientos, buscan nuevos caminos y no sienten confianza en sus naturales maestros. «Hay en ellos un hondo sentido de frustración..., una falta de fe en lo que se está haciendo. Si no se responde con determinación y clarividencia a esta exigencia imperiosa del momento, esas nuevas generaciones, con manos audaces, atrevidas y acaso irreverencias, destruirán, harán tabla rasa, de un mundo que no hemos sabido transformar, y construirán otro que acaso no sea el que hubiéramos deseado para nosotros y para ellos»¹⁶.

Es más que dudoso, a la luz del desarrollo de los acontecimientos, el que los partidos demócratas posean, por sí solos, suficiente virtualidad para enrolar a esa juventud en su, desde fuera, contradictoria aunque trascendental empresa. Y es sobre todo dramática incógnita, sin despejar, si su empeño y el modo de llevarlo a cabo está a la altura de las exigencias de la gravísima coyuntura, o es más bien teórico y bien intencionado repertorio, pero insuficiente en la práctica—por sus internas debilidades y limitaciones—, y a la postre, determinante de una retirada de trágicas consecuencias. Se hace urgente la revisión de sus normas de actuación. En primer lugar, necesitan un más firme enraizamiento con los valores tradicionales de ascendencia hispánica, fraguadora del modo de ser de sus pueblos; en segundo lugar, una valoración objetiva y sin prejuicios del factor espiritual cristiano, pero no concebido de un modo abstracto, sino en la concreta formulación católica encarnada en el tiempo y en su espacio; finalmente, han de destacar aún más sus preocupaciones de tipo social y encuadrarlas en el marco de un Estado disciplinado y vigoroso, capaz de cohesionar las fuerzas centrífugas, que en este momento arrastran a sus países—apenas sin cortapisas—a la anarquía revolucionaria. Necesitan dotar a ese Estado, actualmente indefenso ideológica y vitalmente, de plenitud instrumental para acometer eficazmente la ta-

¹⁶ Prebisch, Raul, «Producir y vivir depende de Latinoamérica», rev. *Combate*, San José de Costa Rica, enero-febrero 1961, pág. 29.

LOS PARTIDOS DEMÓCRATAS DE IZQUIERDAS EN IBEROAMÉRICA

rea de transformar las estructuras socio-económicas. Hoy tal empeño resulta patentemente inviable, dentro de los cauces que ofrece la ortodoxia partidista constitucional y parlamentaria, tal como hasta el presente la han entendido las fuerzas democráticas de Iberoamérica.

JOSÉ MARÍA ALVAREZ ROMERO.